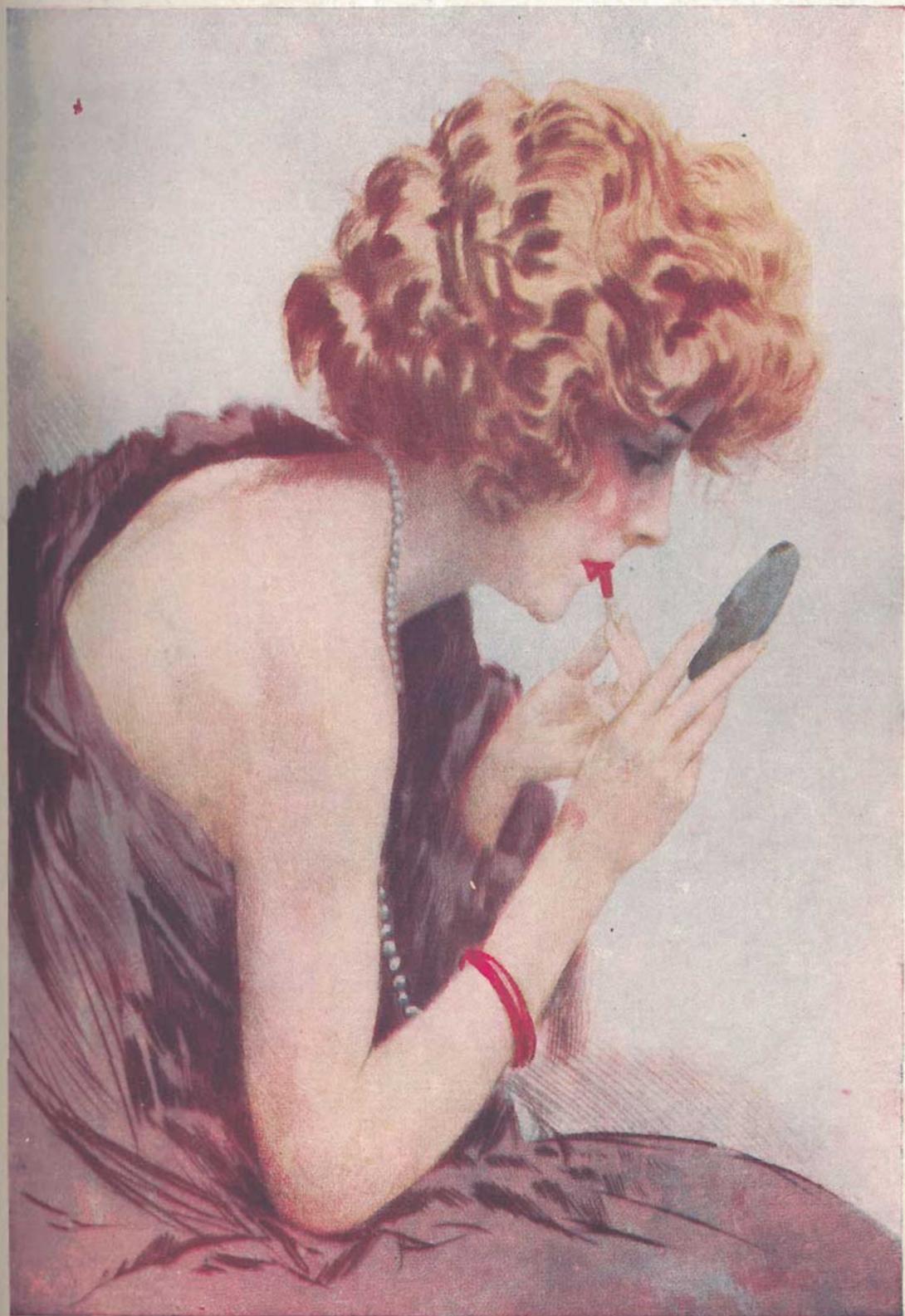


EL MAG

PRECIO: UN PESO

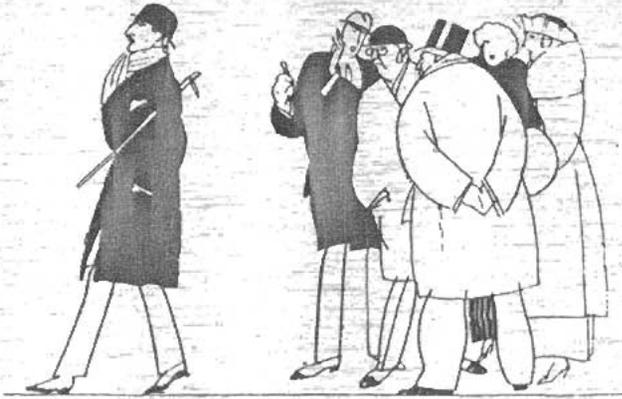
Santiago de Chile, 26 de Mayo de 1923

AÑO XIX.—NUM. 953.



(Dibujo de R. Rilliege).

EN la plaza del pueblo, junto a los árboles fatigados de sol, hombres de ojos aburridos y mujeres porrosas comentaban bulliciosamente la inaudita nueva: el señor gobernador tenía un hijo gris. Todos hablaban de él y aún no había pasado un día desde que el recién nacido comenzara a llorar.



Los hombres esperaban verlo un día más poderoso que un príncipe audaz de leyenda guerrera.

Pero el niño fué ereciendo.

Solo, tendido en la hierba fina, encontrábanlo a veces en el jardín, siguiendo con ojos asombrados el vuelo ondulante de las abejas doradas.

—Será un filósofo profundo,—decía a menudo

—Es un milagro, decían las mujeres, volviendo a feryorosa mirada hacia el cielo imposible.

—El niño es gris, el niño es gris, repetían los hombres, como si quisieran grabar en ellos para siempre aquella frase.

Y todos esperaban la señal convenida, reunidos en la pequeña plaza del pueblo pobre.

Estaban inquietos. Descaban ir pronto por las calles monótonas, hasta llegar, ante la casa del gobernador, para entregar en estridentes gritos el júbilo falso que les animaba.

—La hora se acerca, dijo alguien con solemne voz, tan grave que parecía anunciar la muerte del mundo.

Todos se conmovieron. Hubo toses sonoras y nerviosos llamados. Después, un silencio absoluto se apoderó de aquellos hombres. Pero he aquí que una campana trisó la luz, en un vuelo inarmónico de sonos enloquecidos.

Había llegado ya el ansiado momento.

Nació, entonces, una extraña algarabía, que aún recuerda el adusto gobernador, venciendo penosamente el llanto.

Desde aquella tarde, el niño gris fué el animador del pueblo. Las mujeres se aprendían todas las canciones en que se hacía su alabanza.

EL HOMBRE GRIS

el gobernador, tratando de recordar lo que es la filosofía...

—Para algo ha nacido gris—exclamaba la madre—orgullosa del hijo que ya había cumplido 10 años.

—Dominará la tierra, se atrevió a decir el padre, el día en que el niño aprendió a leer, tras prolongado esfuerzo.

Y el hijo del gobernador había entrado ya en la adolescencia.

Desde entonces, el camino ascensional fué rápido.

Cinco años más vivió en el pueblo, esperando la hora de partir a la conquista de la ciudad lejana.

Trató de adquirir un vasto conocimiento de las cosas y sólo se halló al fin con la sabiduría de los gestos graves y dominadores.

Cuando se fué, al mirar por vez última las calles que paseó su juventud, el recuerdo de las mujeres que le amaron le hizo sonreír como a un rey negro la evocación de los festines al fondo de las selvas estremecidas.

En la ciudad comenzó para él una vida nueva y cautivante.

—Este hombre gris—decían sus amigos—alcanzará los más altos honores... Le vemos dominar el futuro plenamente.



EL HOMBRE GRIS

El sonreía al escucharles, altivo, severo como un dios de bronce, en el rincón sombreado de una pagoda asiática. Veía crecer la admiración junto a él y se hallaba d'vino, grande, tan próximo a reinar sobre el mundo, que hasta olvidaba, a veces, su propia imagen, creándose una más bella y refulgente que las que surgen en los relatos milagrosos.

—Seré ministro—dijo un día, alzando la mano con tanta solemnidad, que los que le escuchaban creyeron verle levantar el país, para ofrendárselo al sol.

Así pasó algún tiempo.

El hombre gris triunfaba. Cuando iba por las calles, su nombre le salía al encuentro, respetuosamente pronunciado por hombres y mujeres que no conocía. Aquello le hacía erguir el cuerpo frágil e inclinar hacia un lado la cabeza, como si le pesaran ideas radiosas.

Sin embargo, el hombre gris no había pensado todavía...

Eilo no tiene importancia, después de todo, pues una tarde fué ministro....

Recostado en un sillón amplio y profundo, miraba los decretos y los libros que llenaban

su mesa de trabajo, a través del humo fragante de un cigarro de Cuba.

Solía llamar, para no olvidarse de que era ministro. Y así se le iban, saavemente, las tardes.

Pero llegaron momentos difíciles. Graves problemas internos necesitaban rápida solución. Y el hombre gris vió, entonces, que era preciso pensar, aunque de ello se espantara.

—No estoy para nadie—dijo a los ujieres, que hicieron una reverencia inconcebible.

Luego se encerró por largas horas.

Un vasto silencio se hizo en los corredores del palacio. Nadie hablaba en voz alta. Todos esperaban, ansiosos, que el ministro terminara de pensar.

De pronto se oyó un rumor formidable, que estremeció los muros más lejanos.

Los ujieres corrieron por los pasillos, atropellándose, hasta llegar ante la sala del ministro.

Envuelto en su propio humo, el hombre gris se moría... ¡Nadie le había impedido que pensara!....

HERNAN DEL SOLAR.